nos; es un don celestial, el primero de todos los dones en orden á nuestra salvacion, y el fundamento de todos ellos, porque sin la fe es imposible agradar á Dios, dice el Apóstol (1); es una virtud divina que Dios infunde en nosotros, y que nos inclina y lleva á creer todo lo que él mismo ha revelado á la Iglesia.

¿ Visteis vos nacer á Jesucristo? — No, Padre. ¿ Visteisle morir ó subir á los cielos? — No, Padre. ¿ Greeislo? — Si

lo creo.

Los judíos vieron á Jesucristo hombre, pero no le creyeron Dios. Los Apóstoles y discípulos le vieron hombre y le creyeron Dios. Nosotros ni aun le vimos hombre, y le creemos hombre y Dios. Creemos que nació de Santa María Vírgen, que vivió y conversó con los hombres, que predicó el reino de los cielos, que padeció y murió por redimirnos, que resucitó al tercero dia, que subió á los cielos á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde habia venido. Nada de esto hemos visto, y no obstante lo creemos.

¿ Por qué lo crecis? — Porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado, y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña.

Creemos lo que no vemos, porque otro nos lo dice; y cuanto es mayor la veracidad del que nos habla, tanto mayor asenso damos á lo que nos dice. Hay una veracidad falible, que es la humana, porque los hombres pueden engañarse por su ignorancia, y pueden engañarnos por su malicia. Hay otra veracidad infalible, que es la divina, porque Dios ni puede engañarse ni engañarnos. No puede engañarse, porque es infinitamente sabio, es decir, que no tiene límites ni términos su sabiduria, y si ignorase Dios alguna cosa, la mas pequeña que se quiera figurar, allí encontraria límites y terminaria su sabiduría, y ya no seria infinitamente sabio. Tampoco puede engañarnos, porque es infinitamente bueno, es decir, que no tiene términos ni límites su bondad, y si hiciese Dios alguna cosa mala, cual sería engañarnos, aunque fuese en la cosa mas pequeña que se quiera imaginar, allí encontraria I mites y terminaria su bondad, y ya no sería infinitamente bueno. Esta veracidad infalible es el sólido é incontrastable fundamento de nuestra fe, y así creemos lo que Dios nos ha revelado con una certeza infalible, porque jamás puede ser falso lo que Dios nos dice. Faltará el cielo y la tierra, pero las palabras del Señor no faltaran (1). Supuesta esta verdad fundamental, resta saber quées lo que Dios nos ha revelado y dónde se contiene. Lo que Dios nos ha revelado es todo aquello que nos conviene saber para salvarnos, y esto se contiene en las Sagradas Escrituras y tradiciones divinas.

Sagradas Escrituras. Dios, para instruir á los hombres en la ciencia de su salvacion, les habló desde los primeros siglos por boca de los Patriarcas y de los Profetas, y cuando llegó la plenitud de los tiempos, les habló por boca de su mismo Hijo (2). Los santos hombres de Dios, como les llama san Pedro (3), divinamente inspirados, escribieron el antiguo Testamento, que consta de cuarenta y cinco libros; y los Apóstoles y Evangelistas, inspirados tambien divinamente, escribieron el nuevo, que consta de veinte y siete. El primero contiene lo que nos reveló Dios por los Patriarcas y Profetas, y el segundo lo que nos enseñó por su santísimo Hijo. Estos santos libros, ni mas ni menos, son los que llamamos Sagradas Escrituras.

Tradiciones divinas. No todo lo que Dios nos ha revelado está contenido en las Sagradas Escrituras. Desde nuestro padre Adan hasta el legislador del pueblo de Dios, Moisés, nada sabemos que se escribiese. Las verdades que Dios reveló en aquellos dos mil y quinientos años, se conservaron por tradicion y enseñanza de padres á hijos. La Escritura Sagrada principió en tiempo de Moisés, y en los mil y quinientos años que mediaron desde entonces hasta la venida de Jesucristo, fué cuando se escribió todo el antiguo "estamento; pero aun en este tiempo quedaron sin escribir muchas verdades reveladas, que se conservaron por tradicion. Este era el motivo por que el mismo Moisés encargaba á los hijos que preguntasen á sus padres, y á los jóvenes que preguntasen à los ancianos (4). Jesucristo en el discurso de tres años enseñó por sí mismo á los hombres, pero no sabemos que escribiese sino una sola vez, que fue cuando le presentaron la mujer adúltera (5), y eso lo hizo en tierra con su divino dedo, sin que hasta ahora se haya sabido qué fué

lo que escribió. Los Apóstoles y Evangelistas escribieron el

<sup>(1)</sup> Luc. 21, 33. — (2) Hebr. 1, 2. — (3) II. Ep. 1, 2. — (4) Deut. 32, 7. — (5) Joan. 8, 6.

nuevo Testamento, y en él nos dijeron mucho de lo que enseño y obró Jesucristo, pero dejaron tanto sin decir, que san Juan concluye su Evangelio advirtiendo: Que si se hubiesen de escribir cada una de las cosas que hizo Jesus, le parecia que no cabrian en el mundo los libros que habrian de escribirse. Muchas de estas cosas que no se escribieron, se conservaron por tradicion, y por eso encargaba san Pablo á los Tesalonicenses (1) que conservasen con firmeza las tradiciones que habian recibido.

Es verdad que tambien la palabra divina, conservada por tradicion, ha venido al fin á escribirse, ya en las obras de los Padres, y en las actas de los concilios, y ya tambien en los decretos de los Pontífices; pero no como palabra divina escrita, sino como palabra divina recibida por tradicion; y así la tradicion divina, aunque se haya escrito, no se ha de confundir con la Sagrada Escritura. Esta es la palabra de Dios escrita y conservada en los libros santos, y aquella es la misma palabra de Dios, no escrita, sino conservada en la comunicacion de los ancianos á los jóvenes y de los padres á los hijos. En estos dos sagrados depósitos se contiene todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia, es decir, toda la fe; pues aunque la Iglesia define algunas verdades de fe, va se ha dicho (2) que en esto no hace sino declarar que aquellas verdades estaban ya reveladas y pertenecian á la fe, aunque se ignoraba. Desde el tiempo de los Apóstoles nada se ha revelado como palabra divina, porque el depósito de la fe todo entero fué entregado desde entonces á la Iglesia. Mas ¿cómo conoceremos que lo que se contiene en la Sagrada Escritura y tradicion divina, que forman el depósito de la fe, ha sido revelado por Dios? Esto lo conoceremos por los divinos caractéres con que Dios ha sellado su revelacion. Vamos á apuntar los mas obvios y perceptibles al comun de los fieles.

1º Por las profecias. Anunciadnos lo que ha de suceder y sabremos que sois dioses, decia el profeta Isaías hablando con los idolos (3). Solo Dios, cuya infinita sabiduría lo tiene todo presente, sabe lo que esta por venir; y así, cuando un hombre anuncia las cosas contingentes que han de suceder, muchos años y aun siglos antes que sucedan, es prueba evidente de que Dios se las reveló, porque solo Dios las sabia.

(1) II. Ep. 2, 14. — (2) Pág. 11. — (3) 41, 23.

Desde el principio del mundo comenzó Dios á revelar á los hombres los sucesos venideros, y á autorizar su revelacion con el cumplimiento de los sucesos que revelaba. No se puede leer el antiguo Testamento sin encontrar á cada paso con este divino sello de la revelacion. Sucesos prodigiosos anuncian otros á la vez mas prodigiosos; y estos, dando cumplimiento á los primeros, predicen otros nuevos. En él se ve una cadena de profecías y cumplimientos que asombra; se ve un plan seguido constantemente, y dirigido siempre á anunciar al Mes as, prometido desde el principio del mundo. Se ve á es e divino Salvador representado tan maravillosamente y con tanta claridad en los Patriarcas, Profetas y principales personajes del pueblo de Dios, que todo manifiesta no haber existido este pueblo sino para anunciarle. Se le ve representado en sus sacrificios, en sus ceremonias, en su prosperidades, en sus infortunios, y para decirlo de una vez, en todos sus sucesos; porque como enseña San Pablo (1), todo en el antiguo Testamento acontecia en figura, y era sombra y representacion de lo que habia de cumplirse en el nuevo. Así el Omnipotente señaló su revelacion con el divino sello de multitud de profecías, que han tenido el mas entero y exacto cumplimiento.

2º Por los milagros. Se llama milagro, dice Santo Tomás (2), lo que sucede fuera del órden de toda la naturaleza criada; como el que se parase el sol cuando peleaba Josué (3), y que perdiese su luz cuando espiró el Redentor (4). Solo Dios, añade el Santo, puede obrar fuera del órden de toda la naturaleza criada, y por consiguiente solo Dios puede hacer milagros. Cuando se dice que los Angeles y los Santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, ó atendiendo á sus súplicas, ó condescendiendo con sus deseos, ó sirviéndose de su ministerio para hacerlos, porque solo Dios puede hacerlos. De donde se sigue, que todo lo que es atestiguado por milagros, lleva consigo un sello divino; y esto se verifica cumplidamente en la revelacion. Está atestiguada con tantos y tan estupendos milagros, que es necesario cegarse para no ver en ella la obra del Omnipotente. No se puede leer ni el antiguo ni el nuevo Testa-

<sup>(1)</sup> I. Ep. ad. Cor. 10, 11. — (2) 1 p. q. 110, a. 4, 10. — (3) 10, 12. — (4) Luc. 23, 45.

mento sin encontrar á cada paso con una sabiduría divina que todo lo dirige, y un poder soberano que todo lo confirma con multitud de milagros. Tampoco se puede negar la autenticidad á estos dos admirables monumentos de las verdades eternas, sin negar primero todos los monumentos históricos del mundo, puesto que ninguno hay que pueda

compararse con ellos.

3º Por la propagacion de la religion cristiana. Esta religion, que nació en el Calvario sobre una cruz, se estendió con tanta rapidez, que en un momento, por decirlo así, llegó á los últimos fines de la tierra. Aún no habian pasado veinte y nueve años de haber principiado á predicarla los Apóstoles en Jerusalen el dia de Pentecostés, cuando escribia ya san Pablo á los Colosenses (1): que el Evangelio se habia estendido por todo el mundo, y que fructificaba y crecia. ¿ Y por quién se predicaba? No por hombres ricos y poderosos, ni por hombres sabios y elocuentes, ni por conquistadores famosos, ni por príncipes ni reves, sino por doce pescadores, pobres, ignorantes, sin ejércitos, sin armas, sin representacion, sin influjo, sin palabras persuasivas de sabiduría humana. ¿ Y qué era lo que predicaban? Una religion que pareció locura á los judíos y necedad á los gentiles. Una religion que enseñaba el desprendimiento de las riquezas, de los honores y de los placeres. Una religion que refrenaba todas las pasiones sin permitirlas ni un solo deseo malo, al paso que no prometia otra cosa en este mundo que persecuciones, lágrimas y cruces. ¿ Y á quién se predicaba? A un mundo tan corrompido como aquel que sepultó la ira de Dios en las aguas de un diluvio. á un mundo entregado á la mas infame idolatría; á un mundo, en fin, que no conocia otro Dios que sus pasiones, á las que erigia altares, ofrecia inciensos y adoraba. Sin embargo, esta religion tan opuesta al mundo, y tan enemiga de todas las pasiones del mundo, se estiende con rapidez por todo el mundo á manera de un rio caudaloso que, saliendo de madre, todo lo inunda; crece y se propaga en medio de las mas crueles persecuciones, y á pesar de los mas terribles edictos de los reyes y de los emperadores; confunde la sabiduría de los sabios, trianfa del poder de los poderosos, vence la supersticion de los pueblos, destruye sus ídolos y sus templos, y coloca el estandarte de la cruz sobre sus torres y capitolios. ¡Quién podra desconocer aquí una mano omnipotente! ¡Quién no verá en esta portentosa obra un poder soberano que la hace triunfar del mundo entero conjurado contra ella! ¡Ah! Cuando se considera el modo admirable con que se propagó la religion cristiana por todo el mundo, no es posible desconocer su orígen divino.

4º Por los martires. Martirio significa testimonio, y mártir testigo. Así que, la muerte sufrida por no negar à Jesucristo ó alguna verdad de fe, por conservar alguna virtud ó no cometer algun delito, es y se llama martirio, y al que la sufre martir, porque da testimonio à la verdad y à la justicia, y le rubrica con su sangre y con su muerte. De aqui se sigue que la religion cristiana tiene tantos testigos que aseguran su divinidad, cuantos son los mártires que la han confesado en los tormentos y confirmado con su muerte. Y bien ahora; ¿ quién habrá tan temerario y osado que se atreva á presentar delante de mas de diez y ocho millones de mártires, y á negar en su presencia la divinidad de una religion que ellos han confesado á costa de mas de diez y ocho millones de vidas? No, no hay verdad en el mundo probada con tantos y tan fieles testigos, sellada con tanta sangre y confirmada con tantas muertes; pero..... i y qué muertes!.... las mas terribles, las mas erueles, las mas ignominiosas. Se estudiaba en inventar los suplicios mas espantosos, y se presentaban á los mártires antes de emplearlos para estremecerles con su vista y obligarles á negar la fe. Los potros de hierro, los toros de metal, los garfios de acero, los hornos encendidos, las calderas de aceite hirviendo, las hogueras.... tal era el cuadro que se presentaba regularmente á su vista antes de principiar sus martirios. Estos se ejecutaban, unas veces con tal furor que hacian estremecer y temblar hasta á los mas animosos, y otras con tanta lentitud que les ponian en una prueba aún mas dura y rigurosa. Promesas, amenazas, suspension de tormentos, tormentos nuevos, camas deliciosas, camas encendidas.... nada quedaba que hacer al îngenio y á la crueldad para vencer su constancia, y nada bastaba para vencerla. Ellos, en fin, acababan su vida en los tormentos, y bajaban al sepulcro confesando y confirmando con su muerte esta religion divina. Por otra parte (y esto es muy notable y admirable) ; qué clase de personas eran estas que representaban al mundo, á los ángeles y á los hombres semejantes espectaculos? ¿ Eran acaso algunos filósofos cínicos ó estóicos, cuya soberbia y orgullo llegase á despreciar la muerte? Nada menos. Eran personas de todos estados y edades, niños, niñas, jóvenes, ancianos, sabios, ignorantes, ricos, pobres, hombres y mujeres de todas clases. ¡ Cómo era posible que, no siendo por una causa divina, se entregasen tantos millones de almas de todas clases á una muerte voluntaria! Y digo voluntaria, porque estaba en su mano librarse de ella siempre que quisiesen. Con una sola palabra, con un no creo, con un solo grano de incienso ofrecido al ídolo se les hubiera dejado ir libres, y muchas veces se les habria colmado de honores. ¿Ni cómo era tampoco posible que el niño balbuciente, la tierna doncella, el trémulo anciano, tanta multitud de mártires triunfasen de la muerte, si no triunfase en ellos el triunfador del mundo, el gran mártir Jesucristo? No, nada puede resistir al testimonio que nos dan de la divinidad de la religion cristiana diez y ocho millones de mártires.

5° Por la santidad. Santo, santísimo es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, autor y conservador de esta religion divina; santa es su doctrina, que no permite ni un mal pensamiento ni un mal deseo; que no reprende sino el vicio, ni deja vicio que no reprenda; que no alaba sino la virtud, ni deja virtud que no alabe. Santos son sus Sacramentos, santos sus sacrificios y santo su culto; pero no pasemos mas adelante en esta clase de pruebas. Sería necesario formar una obra volumino a si se quisiesen esponer aquí todos los caractéres divinos con que el Señor ha sellado la revelacion. Baste haber apuntado los mas óbvios y que están al alcance del comun de los fieles, para que el obsequio de su fe sea razonable, como dice San Pablo (1).

Mas no contento el Señor con haber distinguido y señalado su divina revelacion con tan augustos é indelebles caractéres, estableció un tribunal permanente y perpetuo que defendiese y conservase siempre pura y entera esta divina revelacion, que forma el depósito sagrado de la fe. Este tribunal es la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, como la llama el mismo Apóstol (1), la cual ha conservado siempre entero y puro este sagrado depósito, y le conservará hasta la consumacion de los siglos, gobernada y protegida por su divino esposo Jesucristo (2). Y á esta maestra de la verdad han acudido y acudirán siempre en sus dudas todos los cristianos que quieran librarse del error y hallar la verdad.

¿ Qué cosas son las que teneis y creeis como cristiano? — Las que tiene y cree la santa Iglesia romana.

Por Iglesia romana se entiende toda la Iglesia, y no precisamente la de Roma. Se llama romana, porque Roma es la residencia ordinaria del Sumo Pontífice, sucesor del príncipe de los Apóstoles san Pedro, que fijó últimamente allí su cátedra ó silla apostólica, dejándola regada con su sangre y sellada con la muerte que sufrió en ella como pastor universal del rebaño de Jesucristo. Esta Iglesia que llamamos romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque es una, santa, católica, y apostólica, que son las notas ó señales que distinguen la Iglesia verdadera de todas las iglesias falsas ó sinagogas de Satanás, como las llama san Juan (3). Es una, porque todos sus hijos, donde quiera que se hallen, no son sino una sola familia, cuyo padre es Dios. Es una, porque todas sus ovejas no componen sino un solo rebaño, cuyo pastor invisible y eterno es Jesucristo, y cuyo pastor visible y temporal es el romano Pont fice. Es una, porque todos sus miembros no forman sino un solo cuerpo en Jesucristo, como dice san Pablo (4). La profesion de una misma fe y de una misma esperanza, el vínculo de una misma caridad, la participacion de los mismos Sacramentos, la subordinacion á la misma cabeza, los mismos misterios, el mismo sacrificio, la misma moral, las mismas virtudes, el mismo camino, el mismo término.... tales son los preciosos lazos que unen la multitud de miembros de este cuerpo místico de la Iglesia, de esta esposa de Jesucristo, su única paloma y su única perfecta, como la llama el Espiritu Santo (5).

<sup>(1)</sup> I. Tim. 3, 15.— (2) Matth. 28, 20.— (3) Ap. 2, 9.— (4) Rom. 12, 5.— (5) Cant. 6, 8.

Es santa, porque Jesucristo, su esposo, su cabeza y su pastor, es el Santo de los Santos, el Santo Hijo de Dios. Es santa, porque es santa su doctrina, santas sus leves. santos sus mandamientos, santos sus misterios, santo su culto, santo su sacrificio y santos sus Sacramentos. Es santa, porque está gobernada y dirigida por el Espíritu Santo, y santificada con su divina gracia. Es santa, porque en todos tiempos ha tenido y ha de tener Santos. Es verdad que no todos sus hijos son Santos, porque son muchos los llamados y pocos los escogidos (1); mas esto no sucede porque la Iglesia no sea santa, sino porque todavía no es aquella esposa del Cordero que reina gloriosa en el cielo, sino aquella esposa desterrada que camina á su patria celestial, llevando, como la afligida Rebeca (2), reunidos en su seno, hijos de honor y de contumelia, predestinados y réprobos, Esaues v Jacobos.

Es Católica, que quiere decir universal, porque se estiende á todos los siglos. Nacida en tiempo de los Apóstoles, y aun con el mundo mismo, durará tanto como el mundo. Es católica, porque se estiende á todo el universo. Habiendo principiado en Judea, patria de nuestros primeros padres, situada en el centro del orbe, se ha estendido hasta las estremidades de la tierra. Es católica, porque todas las naciones son llamadas á entrar en su seno. Rogad por todos los hombres, dice el Apóstol (3). Esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven. Es católica, porque en todo el universo se ha predicado su doctrina, y porque en todas partes tiene hijos que la pertenecen, y viven unidos á ella con el sagrado vínculo de una misma fe y esperanza, reconociendo una misma cabeza, que es el romano Pont fice, vicario de Jesucristo en la tierra.

Ultimamente, es Apóstolica. Jesucristo eligió para esta obra divina doce Apóstoles, y sobre ellos, como sobre doce cimientos, estableció su Iglesia, que habiendo de durar hasta la consumacion de los siglos, era consiguiente que durasen tambien sus cimientos, no en los Apóstoles que eran mortales, sino en los Obispos sus sucesores, y en los sumos Pontífices, sucesores del Príncipe de los Apóstoles, sobre los cuales ha continuado y continuará establecida hasta que tenga fin

(1) Matth. 22, 14. - (2) Gen. 25, 22. - (3) I. Tim. 2, 1, 3 et 4.

el universo. Esta continuada sucesion de Obispos y Pontifices es una de las señales que mas distinguen la verdadera Iglesia de todas las falsas. El gran Tertuliano, arguyendo á los herejes de su tiempo, decia (1): Que nos señalen el or gen de sus Iglesias; que nos manifiesten la sucesion de sus Obispos; que nos hagan ver, subiendo de Obispo en Obispo hasta los primeros tiempos de la Iglesia, que no tienen otros fundadores que los Apóstoles; porque cualquiera Iglesia que no trae su orígen de los Apóstoles, no pertenece á la verdadera Iglesia.

¿ Qué cosas son las que vos y ella teneis y creeis? — Los Artículos de la fe, principalmente como se contienen en el Credo. — ¿ Qué cosas son los Artículos de la fe? — Son los

misterios mas principales de ella.

Entre las verdades que la divina bondad se ha dignado revelarnos, hay unas que son como los principios de todas las demás, y forman el compendio de la fe. Los Apostoles y los Concilios nos han presentado estas verdades principales (que han llamado artículos) reunidas en símbolos o credos, para que siendo uniforme nuestra creencia, tengamos en ellos una abreviada suma de nuestra fe. Se dice que creemos los Artículos de la fe, principalmente, como se contienen en el Credo, porque en este hay tres que no se espresau en los Artículos, y son: la santa Iglesia católica, la comunion de los Santos, y el perdon de los pecados. Por lo demas, los artículos de la fe no se distinguen del Credo, sino en que el Credo está dispuesto en forma de confesion de fe, y por eso le rezamos siempre que queremos confesarla; y los Artículos en forma de enseñanza, y por eso no los rezamos sino que los aprendemos.

¿ Para que son los Artículos de la fe? — Para dar noticia distinta de Dios nuestro Señor y de Jesucristo nuestro Re-

dentor.

Rodeado Jesucristo de sus discípulos en la noche de la cena, y levantando sus ojos al cielo, decia (2): Esta es la vida eterna, Padre mio, que os conozcan á vos solo Dios verdadero, y á vuestro Hijo Jesucristo, á quien enviásteis. Conocer á Dios trino y uno y sus divinos atributos; y conocer á Jesucristo su Santísimo Hijo, su vida, pasion, muerte, re-

<sup>(1)</sup> Lib. de præscrip. c. 20. — (2) Joan. 17, 3.

surreccion y ascension á los cielos, y su venida á juzgar los vivos y los muertos, esto es lo que llama aquí Jesucristo vida eterna, y de lo que nos dan noticia distinta los Artículos de la fe. Los siete primeros nos la dan de Dios nuestro Señor, v los otros siete de Jesucristo nuestro Redentor.

## DECLARACION Y ESPLICACION

DE LOS SIETE PRIMEROS ARTÍCULOS, QUE DAN NOTICIA DISTINTA DE DIOS NUESTRO SEÑOR.

¿Quién es Dios nuestro Señor? — Es una cosa la mas escelente y admirable que se puede decir ni pensar : un Senor infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, princi-

pio u fin de todas las cosas.

¿Quién es Dios? Esta es la mayor pregunta que puede hacerse, y á la que nadie sino Dios puede responder adecuadamente. Mientras vivimos en este mundo, podemos conocer la existencia de Dios en el órden natural, porque al ver criaturas, necesariamente hemos de inferir que hay un Criador de ellas; podemos conocer tambien la existencia de Dios en el orden sobrenatural, porque la fe nos habla de Dios contínuamente, ó por mejor decir, no nos habla sino de Dios, y de las cosas que dicen relacion á Dios; pero jamás conoceremos quién es Dios, ó lo que es Dios. Solamente cuando le veamos en la gloria conoceremos lo que es, porque entonces le veremos cara á cara y como es en sí mismo, dice san Juan (1): y aun entonces no le comprenderemos, esto es, no conoceremos todo lo que es Dios, porque es infinito; y es imposible que una criatura que es limitada, aunque sea un Querubin, llegue à conocer todo lo que es un ser infinito: por eso nadie sino Dios puede comprender a Dios, y por consiguiente nadie sino Dios puede responder adecuada y completamente á la pregunta ; quién es Dios?

Esta sin duda fué la causa por que el P. Astete, á pesar de su talento estraordinario, responde aquí con un genero de aturdimiento que no se advierte en otra parte alguna del Catecismo. Nos dice: Que Dios es una cosa, pero no sabe esplicar qué cosa es; y como si fuera un niño aun balbuciente, solo acierta á decir : Que es una cosa muy grande ; una cosa la mas escelente y admirable que se puede decir ni pensar. Hace otro esfuerzo, y nos dice: Que es un Senor, pero tampoco sabe decirnos qué Señor es este, ó cuál es su esencia, y se ve precisado á recurrir á sus atributos y á contentarse con decirnos: Que es un Señor infinitamente bueno. poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas; todo lo cual manifiesta que á la pregunta ¿quién es Dios? solo puede responderse de un modo oscuro, vago y confuso. Despues de esto ninguna esplicacion puedo yo hacer tocante á la gran pregunta ¿quién es Dios? Mas no por eso dejaré de decir con san Agustin (1): que Dios es inefable. Si queremos compararle con la grandeza de los cielos y de la tierra, Dios es mas grande; si con la hermosura del sol, la luna v las estrellas, Dios es mas hermoso; si con la sabiduría de todos los hombres y de todos los Angeles, Dios es mas sabio; si con la bondad de todos los buenos, Dios es mas bueno; si con la justicia de todos los justos, Dios es mas justo, porque Dios es infinitamente grande, infinitamente hermoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente infinito. Dios es un ser sobre todo ser, dice san Dionisio Areopagita (2), una sustancia sobre toda sustancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda otra luz es tinieblas. y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda otra hermosura. Dios es el principio de todas las cosas, porque es el Criador de todas las cosas; v es el fin de todas las cosas, porque todas las crió para sí mismo (3).

La Santisima Trinidad ¿quién es? - El mismo Pios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. - El Padre ; es Dios? - Sí Padre. -El Hijo ¿es Dios? - Si Padre. - El Espíritu Santo ; es Dios? - Si Padre. - ; Son tres Dioses? - No, sino un solo Dios verdadero. - El Padre ; es el Hijo? - No Padre. - El Espíritu Santo ¿ es el Padre o el Hijo? - No Padre. -; Por qué? - Porque las personas son distintas aunque es un solo Dios verdadero.

El soberano misterio de la Trinidad beatísima es el pri-